

Perspectivas psicoanalíticas sobre el sujeto

Abstract: *This paper deals with the problem of the subject, taking as an axis of discussion the contribution of psychoanalysis. This contribution is related with Freud's proposals as well as with the theoretic developments of Jacques Lacan, through the importance he gives to language and its processes; in accordance with this, the subject becomes a split and undetermined category. In this discussion the notion of the unconscious is capital, because according to Lacan the unconscious is structured as a language.*

Resumen: *Este ensayo gira en torno a la problemática del sujeto, tomando como eje de discusión el aporte del psicoanálisis. Este aporte está relacionado con los planteamientos de Freud, así como con los desarrollos teóricos de Jacques Lacan, mediante su énfasis en el lenguaje y sus procesos; de acuerdo con esto, el sujeto se convierte en una categoría escindida e indeterminada. En esta discusión es capital la noción de inconsciente, inconsciente que está estructurado como un lenguaje, según Lacan.*

Que el psicoanálisis tiene mucho que decir en relación con la subjetividad parece evidente. Como práctica que se desarrolla en directo contacto con individuos (ya veremos que es una ilusión considerarles indivisos), que tiene como objetivo el análisis del discurso del analizante, sus equivocaciones, sus escansiones (es decir, la puntuación del discurso a través de los cortes y pausas), su entonación, etc., tiene mucho que aportar a las concepciones que se tengan sobre el sujeto. Ya podemos decir sin más rodeos que el sujeto

psicoanalítico es un *sujeto escindido* entre su deseo y su decir, decir que se queda corto para “expresar” ese deseo, puesto que el decir es posible por la represión misma.¹ Hablamos porque fuimos escindidos por la barra de la represión, esto es, por la separación que todo ser humano ha sufrido y gracias a la cual llegó a ser parte del mundo de la Cultura, superando la ilusión simbiótica en la que vivía, propiciada por el primer soporte del sujeto humano.² La ley de las sociedades, como ya lo mostró Lévi-Strauss, es la ley de la prohibición del incesto, es decir, la prohibición de la reintegración con la madre; esta ley es la que está en la base del lenguaje mismo en cuanto estructura simbólica, y que permite precisamente su movilidad.

No obstante, a pesar de su aporte insoslayable, el psicoanálisis no puede monopolizar el saber sobre el sujeto, sino sólo aportar algunas perspectivas –fundamentales, no obstante–, pues no agota todas las aristas desde las cuales puede ser abordado, prescripción válida para cualquier disciplina que trate esta problemática. No obstante, la subjetividad no puede ser pensada sin el aporte psicoanalítico, tanto en su dimensión individual como histórico-colectiva. Más que un corpus doctrinal canónico y eterno, el psicoanálisis debe concebirse como una práctica constante y continuamente por hacerse, que si bien comporta una dimensión teórico-conceptual importante, no se coloca por encima de la práctica psicoanalítica, que es el referente ineludible de cualquier construcción teórica. A este respecto baste recordar que no nace como especulación teórica sino como producto de la práctica clínica, que guía y determina los derroteros de la teoría.

I

El descentramiento del sujeto es uno de los motivos teóricos contemporáneos más relevantes, descentramiento respecto del campo gravitacional de la conciencia, conciencia que implica el conocimiento y reconocimiento constantes de la identidad del sujeto consigo mismo, al tiempo que el dominio sobre ese sí mismo y su actuar. A esta problemática —la del sujeto escindido— arriban múltiples disciplinas. El tema del sujeto desarticulado no es punto de partida, sino más bien consecuencia de la labor de disciplinas diversas, tales como la lingüística, la etnología o el materialismo histórico, que convergen, al tiempo que se alejan, en ese sujeto/objeto de saber no determinable unilateralmente, ni reducible a la unidad de un objeto empírico o trascendental de la razón. Recordemos que la filosofía moderna es una filosofía del sujeto consciente, de la unidad y certeza del *yo pienso* cartesiano, pensamiento que se pliega sobre sí mismo para fundar una certeza inamovible frente a las apariencias, certidumbre que a su vez depende de la existencia de un Dios que no engañe (*res infinitae*) y asegure la no existencia de un genio maligno.³ El error de Descartes, sin embargo, es hacer pasar una partícula lingüística —el pronombre personal en primera persona— que es sólo un mecanismo de posicionamiento y contextualización de discurso (*deíctico*), a un ser sustancial sobre el cual sustentará la existencia de todo lo demás; una de las consecuencias de este exceso metafísico es su poco convincente superación del solipsismo.

Como dijimos ya, entre las disciplinas que convergen en un tratamiento desarticulado sobre el sujeto contamos con el psicoanálisis que, desde sus orígenes, representó una especie de “revolución copernicana” en torno a la subjetividad, revolución que tiene que ver no sólo con la formulación de un residuo inconsciente de lo psíquico, sino, en un sentido radical, con el papel determinante de los procesos inconscientes en la vida psíquica, y la disolución y destronamiento del yo, divinidad de las *ego psychologies*. Es lo que Freud señala en su ensayo de 1917, *Una dificultad del psicoanálisis*, cuando dice que la herida narcisista más intolerable ha sido la que ha dicho

al hombre que él ya no es amo en su propia casa, en su fuero interno, sino que está gobernado y determinado por fuerzas que trascienden su conciencia.

Se minimiza, entonces, el ámbito del dominio y actuar conscientes del sujeto. No se trata ya de un sujeto puramente consciente, en el cual se identifica todo lo psíquico con la instancia de la conciencia, sino que ésta viene a ser sólo una parte de lo psíquico, especie de fachada externa de una serie de procesos primarios de los cuales ella depende, estando determinada en sus funciones por la impronta de lo inconsciente. En *El “Yo” y el “Ello”* (1923), Freud nos informa del yo como una entidad psíquica formada por las modificaciones del mundo exterior, constituida por el sistema Percepción-Conciencia, nódulo del yo⁴; aunque su origen tiene que ver con las relaciones con el mundo exterior, pronto tendrá que lidiar con procesos anímicos internos, por lo que se verá atacado en varios frentes: las fuerzas del Ello, los peligros del mundo exterior y el imperativo de la conciencia moral, siempre tan implacable. En la *Introducción al narcisismo* (1914), con respecto a la relación entre el yo y las pulsiones autoeróticas, señala Freud que en el individuo no existe, desde un principio, una unidad comparable al yo, sino que tiene que ser desarrollada: “El yo tiene que ser desarrollado. En cambio, los instintos autoeróticos son primordiales. Para constituir el narcisismo ha de venir a agregarse al autoerotismo algún otro elemento, un nuevo acto psíquico”.⁵

Freud nos entera del arduo trabajo de la entidad yoica, recalcando su carácter endeble, frágil y dependiente, instancia sin embargo fundamental para el funcionamiento psíquico. Esta segunda tópica⁶ es muy importante pues Freud señala que existen porciones del yo que también son inconscientes, paradoja de toda psicología del yo que pretende reforzar su “autonomía”.⁷ Notifica como uno de los principales escollos de la labor psicoanalítica el hecho de que si bien muchas veces los pacientes se daban cuenta de las resistencias en el curso del análisis, muchas otras no lo hacían, lo que dificultaba y volvía ardua dicha labor. Caso similar sucede con el *super-yo*, instancia disociada del yo, que contiene

la carga de las primeras identificaciones de objeto, cuya censura moral es a veces tan clara —no siendo esta su única función—, y que estanca el análisis con un *sentimiento de culpabilidad* inconsciente, que producía lo que Freud denominaba una *reacción terapéutica negativa* por parte del analizante, que representa una fuerte resistencia a la cura. No se trata de un conflicto dicotómico entre pasiones y razón, entre inconsciente y yo autónomo; se trata más bien de lo psíquico como marcado cualitativamente por lo inconsciente, cualidad que desborda cualquier compartimentalización de lo anímico y sus facultades. De esta manera, lo inconsciente deviene la cualidad fundamental de la vida anímica.

Lacan, por su parte, limitará el *yo a shifter* (embrague) de la enunciación:

Puede intentarse aquí, por un prurito de método, partir de la definición estrictamente lingüística del Yo (Je) como significante en la que no es nada sino el *shifter* o indicativo que en el sujeto del enunciado designa al sujeto en cuanto que habla actualmente.⁸

Le designa en el momento que habla, como puro significante, pero no le significa. En otras palabras, el *yo* no está en dominio de lo que dice, pues la enunciación no parte de la unidad de la conciencia. El plano de la enunciación es la actualización y singularización de la palabra por parte de cada sujeto⁹; el enunciado, en cambio, está ya dado, pretende ser cerrado pues representa una abstracción de su contexto de enunciación. No obstante, el enunciado sólo tiene sentido tanto a partir del significante anterior al inicio de la frase como de la última palabra que la “cierra”, pues está abierto, pues gracias a la linealidad del signo lingüístico es imposible cerrar la significación. En este sentido la lingüística se torna insuficiente ya que hace de la frase su unidad mínima, por lo que habría que pensar, para efecto del análisis de los distintos discursos (incluido el psicoanalítico), en una lingüística del discurso, que opere con unidades más amplias. El sentido del que hablamos no es cerrado y totalizante, sino uno que depende de los vacíos de sentido (recordemos la idea que nos transmite Saussure de que en la lengua sólo hay diferencias, lo que nos habla del significante teniendo sentido sólo en rela-

ción con otros significantes). En relación con el tema de la enunciación, señala Frida Saal:

Si bien Freud no se sirve del término enunciación, todas sus consideraciones para dar cuenta de los efectos del decir parten del principio de que dos enunciados pueden ser idénticos y que, sin embargo, no podríamos comprenderlos si nos desentendemos de las condiciones en que fueron proferidos, más aún, que estas condiciones tienen una historicidad que debe ser reconstruida.¹⁰

En otras palabras, el psicoanálisis trabaja sobre la letra viva, sobre el discurso actual; está interesado por el sujeto que habla, cuyo discurso viviente da testimonio de esos mecanismos primarios que Freud llamó el inconsciente, y que en el sujeto del enunciado aparecen silenciados. Por eso en psicoanálisis es tan importante lo que se dice así como cómo se dice.

II

De esta manera, asistimos a una relativización o rompimiento de la pretendida unidad del sujeto. El psicoanálisis postula un principio de no-dominio y nesciencia con respecto a su práctica, que le separa de toda *psicología del yo* y de aquella tradición filosófica que haya hecho de la conciencia el dato constitutivo de lo psíquico, y del conocimiento el punto de encuentro entre sujeto y objeto. Situar al sujeto exclusivamente en su relación con el saber es una operación ambigua y desconfiable. Y no se trata simplemente de hacer un listado de los factores psicosociales, psicofisiológicos o histórico-culturales que inciden en el conocimiento, sino de indagar el estatus mismo del saber, es decir si se trata de un saber plenamente accesible a una conciencia lúcida, o de uno que va más allá del saber totalizante y unitario, es decir, del que pretendo hacerme dueño, dominar y apropiarme progresivamente. La pregunta es, pues, si puede haber un saber que *me sepa* sin saberlo, un saber que no se sabe y que deviene lo inconsciente mismo.

Cuestionando la ubicación del sujeto con respecto al saber, sujeto que si bien Kant descentra en relación con el mundo no descentra con

respecto a su conciencia y a la unidad consigo mismo, ni renuncia a las pretensiones de un conocer universal y necesario, Lacan ofrece palabras esclarecedoras. Con respecto a la relación entre sujeto y objeto señala lo siguiente:

La experiencia analítica no define el objeto en su generalidad como correlativo del sujeto, sino en sus singularidades, como lo que soporta al sujeto en el momento en que éste debe hacer frente a su existencia (en el sentido radical de ex-sistir en el lenguaje) en el momento en que él, como sujeto, debe borrarse detrás del significante. En este momento pánico se prende detrás del objeto del deseo.¹¹

Lacan cuestiona la posibilidad de un conocimiento generalizante sobre el objeto. Nos habla de las singularidades que sostienen al sujeto, que ante todo es *deseante*, antes que sujeto del conocimiento, lo que vale también para el sujeto que hace ciencia. Así como no se puede hablar de un "objeto en su generalidad", tampoco podemos hacerlo de un sujeto en su generalidad, en el sentido de un conocimiento previo sobre él. No se trata de que la ciencia no pueda establecer generalidades, puesto que lo hace de hecho, sino de recalcar que ésta es una empresa también deseante y como tal no puede ignorar que cada sujeto se sostiene sobre una singularidad, que es el objeto absoluto del deseo del que nos notifica Lacan, propiamente perdido y fundante en la dialéctica del deseo. Es decir, la ciencia debe estar consciente de toda su dimensión emotiva y valorativa, y más aún las llamadas ciencias humanas; ante todo deben recordar que son lenguajes, y que como tales están sometidos constantemente a la presencia lúdica del significante.

Esta existencia sustentada en el objeto perdido del deseo es una existencia en el lenguaje, a la luz de éste, que es la iluminación del Ser, el ser mismo según Heidegger: "El lenguaje es la casa del ser. En su vivienda mora el hombre".¹² Este nuevo enfoque de lo lingüístico se aleja de la visión del lenguaje como instrumento, del cual me sirvo y que es exterior al pensamiento. El lenguaje no es instrumento, sino más bien *nas habla*; va más allá de nuestras intenciones conscientes y precede a una supuesta experiencia desnuda del mundo. Como tal, estructura todos

los fenómenos de la experiencia y es anterior a la percepción.¹³

Resaltando la importancia del lenguaje en la experiencia psicoanalítica, señala Frida Saal que el famoso caso de Ana O. (Berta Pappenheim) que Breuer analiza, tiene una importancia capital en la fundación del psicoanálisis en cuanto pone de relieve las siguientes líneas: a) el eje del psicoanálisis pasa por la palabra del paciente, tanto en la técnica como en la teoría; b) existe una relación causal entre el síntoma y una palabra sofocada, reprimida, y c) en la relación terapéutica lo que está en juego es un decir y un modo de decir.¹⁴

El giro lingüístico de la filosofía del que Habermas¹⁵ —entre otros— nos habla permite abordar el problema de la individualidad que no tenía solución en el círculo de enfrentamiento entre la metafísica y la antimetafísica, enclavado en el pensamiento objetivante, esto es, cosificante y abstractivista en que se mantenía la filosofía de la conciencia, introspectiva y autorreferencial. Según él, este giro lingüístico permite insertar la filosofía en el *mundo de la vida* y hacerla despegar de aquí, trabajando sus enunciados a partir de las estructuras del lenguaje, que son públicamente accesibles y no algo privado. Gadamer señala también al respecto:

El mito de la autocerteza, que en su forma apodíctica pasó a ser el origen y la justificación de toda validez, y el ideal de fundamentación última que se disputan el apriorismo y el empirismo, pierde su credibilidad ante la prioridad e ineludibilidad del sistema del lenguaje que articula toda conciencia y todo saber.¹⁶

El tema de la verdad requiere también un abordaje diferente desde el punto de vista psicoanalítico; se tratará, siempre, no de una verdad de cuño universal, que recubra la cosa con el pensamiento, sino de una verdad singular. A partir de la *falta* constitutiva representada por la castración, es decir, por la imposibilidad de abrazar al objeto perdido, el sujeto debe circunscribir una verdad que, no obstante, guardará siempre un fondo de indeterminación, es decir, el sello de lo que Lacan llama lo *real*.¹⁷ A través del lenguaje, de la cadena significante, debe tratar de bordear una incompletitud que le es constitutiva. La nesciencia que el psicoanálisis pone

en juego respecto a lo inconsciente posibilita éste acercamiento a la verdad.

Para Lacan la enseñanza del psicoanálisis, antes que una transmisión de conceptos, es la transmisión de un *estilo*, y este es el sentido de su famoso *retorno a Freud*. De ahí el retruécano y el lenguaje enrevesado en la exposición de su pensamiento, pues se trata de hablar lo más parecido a como lo hace el inconsciente. El tratamiento de los procesos psíquicos en términos estructurales no es más que una herramienta teórica, es decir, no pretende agotar el sentido en la aprehensión de unas estructuras universales, sino más bien posibilitar el acceso al sentido del decir de cada sujeto; en otros términos, escamotea ser un discurso de poder o una tecnología sobre el inconsciente, ya que sobre éste no hay manipuleo posible. Esta nesciencia socava las pretensiones de un saber absoluto que pretenda la conjunción de lo simbólico con lo real,¹⁸ y que configuraría un sujeto acabado en la identidad consigo mismo, omnisciente. El inconsciente es la instancia que confronta a la conciencia con un saber que no sabe y ante el cual debe hacer profesión de ignorancia, lo cual impide un manejo totalizante de la verdad, puesto que la dimensión de lo simbólico está siempre abierta por el orden del significante que gobierna el lenguaje.

III

¿Existe paradoja en lo referido a las posibilidades del conocimiento (siempre relativo) del inconsciente? Si el psicoanálisis reclama la singularidad frente a lo general, es decir la diferencia de cada individuo, y con esto rechaza toda actitud logicista frente a lo psíquico, ¿cómo es posible acceder a ese saber que no se sabe, al mito individual del neurótico?; o, más importante aún, ¿cómo será entonces posible influir terapéuticamente sobre cada sujeto?

“El inconsciente está estructurado como un lenguaje”, afirma Lacan. Con esta afirmación se protege el psicoanálisis contra el reproche de saber esotérico o místico. Si el psicoanálisis pareció a algunos —o parece aún— una suerte de ciencia esotérica, esto se aleja realmente de sus moti-

vaciones fundacionales. Freud pensaba el *yo* como la instancia fundamental a través de la cual el individuo expresaba sus afectos y se mantenía a flote en medio de las oscuridades del *Ello*, sin que esto significara una afirmación de su unidad y autodominio. Lacan, por su parte, afirma la estructuración de lo inconsciente, es decir, un *principio de inteligibilidad*, inteligibilidad que tiene que ver con la estructura del lenguaje mismo. Esto nos lleva a determinar que hay una estructura subyacente al síntoma —síntoma que el psicoanálisis desplaza del campo de la visión al de la escucha, es decir al de la palabra— que permite su esclarecimiento; significa que el síntoma no es puro acto irracional, sino que expresa por sí mismo un *sentido*. No obstante, hay que aclarar la naturaleza de este sentido, pues no se trata de uno ya hecho, preexistente, sino por determinar a través del análisis. En psicoanálisis la significación tiene un valor retroactivo (*nachträglich*), es decir que lo que significa, significa en un segundo momento, pues no se supone una significación oculta por descifrar; se trata, en todo caso, de alentar la *significancia* frente al significado como instancia pasiva y cerrada.

Aunque Freud tuvo la tentación de pensar los símbolos del sueño como una estructura de códigos fijos, tal como una *simbólica*, es decir un cuadro de *relaciones constantes entre el representante y lo representado*, trata también de atenuar los efectos de esta concepción naturalista del símbolo. Según Frida Saal, esta tentación de reducir el simbolismo a una simbólica, a un simbolismo restringido, puede subordinarse al intento de Freud de pensar los símbolos a través de juegos de palabras, aforismos y giros verbales. Al respecto señala Saal: “Podríamos decir, para concluir nuestras consideraciones sobre este tema, que la simbólica es al simbolismo como la onomatopeya al sistema general de la lengua, que crea esa impresión de naturalidad siempre y cuando no nos olvidemos por ejemplo, que los perros ladran diferente en alemán que en español (en español ladran con muchas más vocales)”.¹⁹ Esto distancia al análisis de la diagnosis cosificante, de la tabla de símbolos prefijada que enmarcaría las manifestaciones psíquicas, tales como los sueños, dentro de significaciones previas

y generales para todos. El psicoanálisis debe cuidarse de hacer metalenguaje (incluso en la teoría misma), inquietud que expresa Lacan cuando afirma que no hay un Otro del Otro, es decir que no es posible hablar sobre el lenguaje si no es con el lenguaje mismo. El Otro aparece como el lugar del tesoro de los significantes, como el lugar de la palabra, que representa también un límite, un no-más-allá que *sujeta* al individuo a la estructura de la lengua. Ser sujeto es, pues, estar *sujeta-do por el lenguaje*.

El estudio de los actos fallidos, así como de los sueños y el chiste, puede ganarle al psicoanálisis el reproche de ser disciplina de lo nimio, de interesarse por los fenómenos más prosaicos e irrelevantes, al igual como se le ha reprochado ser disciplina del *detalle*, y con ello el no ser científico. No obstante, ya no se trata de establecer grandes metarrelatos explicativos que sacrifiquen la praxis en favor de verdades y sistemas incólumes que satisfagan cierta vanidad metafísica; es precisamente por la atención prestada a esas formaciones del inconsciente por la que el analista se da cuenta que hay un sentido que pugna por ser construido y reconocido en esos “detalles” de la vida anímica. Ellos son manifestaciones de lo inconsciente como cadena de significantes que se repite e insiste, interfiriendo en los cortes a través del discurso efectivo y de su cogitación; lo inconsciente, como ya lo sugerimos, representa el *excedente de sentido* que se manifiesta en el discurso, esto es, eso que decimos sin querer decirlo o bien sin entenderlo. ¿Qué es lo que sucede en la equivocación oral (*lapsus linguae*) sino que el sujeto dice una cosa por otra, más allá de su intención consciente? ¿Dónde queda entonces la pretendida unidad del *yo*, que se suponía que era el que hablaba? Aquí el *yo* es eclipsado por un corte que la cadena significativa hace irrumpir en el discurso del hablante, *yo* que, como ya habíamos dicho, no es más que el *shifter* de la enunciación, es decir, lo que designa al sujeto en cuanto habla. Por eso no hay sentido previo a la enunciación, ni sujeto garante de sentido anterior a ella.

Volvamos un momento a la cualidad de lo inconsciente como saber que no se sabe. Dice Lacan que en el sujeto pervive una demanda en

su sucesión articulada sin que una intención consciente la sostenga, sucesión articulada que se manifiesta en cortes en el discurso efectivo, aspecto que ya señalamos. Por eso no se trata que el inconsciente sea una tabla de contenidos previos, o un saber acumulado oculto que va más allá de la consciencia del sujeto; se trata, sí, de algo que éste desconoce, pero no de algo preexistente en un sentido ontológico. Este inconsciente no existe más allá del discurso, de la enunciación misma, y dicha enunciación no remite a un sentido primero, es decir, a una significación absoluta. Como ya lo hemos señalado, la significación en psicoanálisis es efecto de la cadena significativa, de sujetos que hablan, cuya enunciación nunca deviene cerrada ni definitiva. En lo referente a la relación entre el *yo* y el sujeto de la enunciación, citemos el siguiente comentario:

Cuando el hablante [traducción al español del neologismo laciano *parlêtre*] habla, cuando enuncia algo bajo la bandera de un ‘yo’, sujeto del enunciado (de todo enunciado según se vio en el párrafo anterior), se desvanece (*fading*) como sujeto de la enunciación y queda representado ante el otro y ante sí mismo por lo que dice. Se disuelve y se rehace constantemente en su decir, ante el Otro que debería ratificarlo... pero que puede no hacerlo como en la situación analítica.²⁰

En otras palabras, existe una asimetría radical —como lo veníamos señalando— entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación. El primero adquiere características atemporales y universales, es una construcción de la lingüística y representa su objeto de análisis; el segundo, en cambio, es cambiante, pues es contextual y particular. Es en este último donde asoma el inconsciente.

Sobre la naturaleza de lo inconsciente en la labor analítica, apunta Shoshana Felman: “the unconscious is not, in effect, ‘discovered’; it is *constructed*: it is not a given to be observed, a substance out there that has finally come under the microscope; it is a theoretical construction. The reading is, in other words, of such a nature that it cannot be direct, intuitive; it is constitutively mediated by a hypothesis; it necessitates a theory”.²¹ La lectura a la que se refiere Felman es la lectura psicoanalítica, distintiva no por la búsqueda de un sentido creado, sino porque pone en

escena una nueva manera de leer, relacionada con el énfasis puesto en el significante, lo que exige una lectura abierta y fragmentaria.

Estas anotaciones sobre el sujeto apuntan a una consideración en devenir sobre él, cambiante y no esencialista, puesto que de la subjetividad no hay esencia posible.²² Es por eso que el problema de la identidad se torna engañoso, ya que no existe una *permanencia* asignable al sujeto que habla, ni éste se puede dar esa identidad conforme a una reflexión autorreferencial, salvo en lo imaginario y especular. Por eso no hay un *mismo* del sujeto al momento de la enunciación, por cuanto éste se borra detrás del significante, y en este borrarse es siempre *diferente*. Es siempre *otro* en cuanto su discurso está determinado por ese Otro que es la sede de todos los significantes, el lugar mismo del sentido porque es el lugar del lenguaje.

El sujeto no se revela, pues, como efecto de estructuras anteriores, en una relación de exterioridad, sino como instancia que “encarna” estas estructuras que sólo existen y se hacen posibles a través de él. El sujeto se torna accesible solamente a través del sujeto-discurso, que se manifiesta en la enunciación; por eso todo discurrir sobre él tiene como único objeto la materialidad del lenguaje. Todo pensar sobre el sujeto tiene que ser desarticulado y no debe darse a la tarea de restituir ningún universalismo. Parece entonces que el sujeto escapa a un afán objetivante, pues es producto de múltiples determinaciones que no lo agotan en un saber unificado.

IV

Volviendo al tema de la estructuración de lo inconsciente, que permite su acceso a través del lenguaje, haremos ahora un breve *excursus* en el campo de la antropología. En el capítulo titulado “La eficacia simbólica”, de su libro *Antropología estructural*, Lévi-Strauss pretende hacer una comparación entre la cura chamanística y las terapias psicológicas, ubicando entre ellas al psicoanálisis. Describe cómo el chamán influye sobre los dolores de la parturienta con la simple evocación de un mito, modificando esta perturba-

ción orgánica. Señala que el neurótico acaba con un mito individual en el análisis, y la parturienta de la cura chamanística se sobrepone a un desorden orgánico a través de un mito, el mito que el chamán enuncia y del que es protagonista. Si bien en un caso lo que se trata de curar es de naturaleza psíquica, y en el otro una perturbación orgánica, Lévi-Strauss afirma que lo que está en juego en ambos casos es la evocación de un mito, en un caso individual, y en otro socialmente construido. Más adelante, afirma que aún esta diferencia entre ambos métodos —el chamanístico y el psicoanalítico— desaparecería si se llegara a establecer un substrato fisiológico de las neurosis, tal como Freud lo pudo haber sugerido en algunos textos (los textos de Freud que Lévi-Strauss señala son *Más allá del principio del placer*, y *Nuevas aportaciones*). Más allá de esta creencia de Freud, que Lévi-Strauss retoma, que tornaría difusa la distinción entre lo psíquico y lo fisiológico, lo que nos interesa es resaltar la inteligibilidad que hace posible acercarse a este mito individual sustentado sobre unas estructuras que preexisten al sujeto. De esta manera, “el inconsciente deja de ser el refugio inefable de particularidades individuales, el depositario de una historia singular que hace de cada uno de nosotros un ser irremplazable. El inconsciente se reduce a un término por el cual designamos una función: la función simbólica, específicamente humana, sin duda, pero que en todos los hombres se ejerce según las mismas leyes”.²³ Según él, el psicoanálisis, como forma moderna de la técnica chamanística, extrae sus particularidades de que en nuestra civilización sólo hay lugar para el tiempo mítico en el hombre mismo.

Para Lacan, por otro lado, el inconsciente es el discurso del Otro —que viene a ser el lenguaje mismo, el Otro como sede previa del puro sujeto del significante—, discurso que conforma a cada sujeto. La labor del análisis es confrontarlo con la falta que lo constituye para afirmarlo en su propio deseo.²⁴ Sobre esto, afirma Lacan:

El descubrimiento de que el otro no sabe nada de los propios pensamientos —descubrimiento hecho sobre el fondo de que los conoce todos, puesto que no son, estructuralmente, sino el discurso del otro— es una adquisición decisiva para la constitución del sujeto. A través

de esta vía el sujeto desarrollará la exigencia contradictoria del *no dicho* por donde encontrará el camino que lo llevará a hacer efectivo ese *no dicho* en su ser: devenir un sujeto que posee la dimensión del inconsciente. Ese es el paso que el psicoanálisis, con relación a la tradición filosófica, nos hace dar en el conocimiento del hombre. Para esa tradición el sujeto permanece esencialmente definido como correlativo del objeto del conocimiento -sujeto-sombra, revestimiento interior del objeto- y, por supuesto, el sujeto que habla es olvidado.²⁵

Nos encontramos de nuevo aquí la referencia a lo inconsciente como algo indeterminado, que tiene que ver con un *no dicho*. A través de este *no dicho* el sujeto pasa a ser sujeto del inconsciente, inconsciente que es el discurso del Otro, pero que a su vez marca la particularidad de cada sujeto, gracias a su dimensión hablante que lo singulariza e introduce un principio de diferencia. Lo que Lacan llama *lalengua* (lalangue) es el efecto simbólico concreto de las estructuras lingüísticas en cada sujeto; la lengua, como tal, es considerada una construcción imaginaria y artificiosa del discurso universitario, puesto que lo que existen son *las hablas* (los hablantes) particulares. No obstante, a pesar de que este *no dicho* representa lo que distingue a un sujeto de otro, es decir su dimensión inconsciente, posee la estructura del lenguaje, pues de lo contrario no sería accesible.

Para finalizar este trabajo deseamos referirnos brevemente a la famosa fórmula freudiana, tan traída y llevada, del *Wo Es war, soll Ich werden*, pues esta formulación, así como su incorrecta interpretación, tienen consecuencias muy importantes para la comprensión del sujeto psicoanalítico. Dicha proposición tiene un sentido no exhaustivo, es decir, no habla de un agotamiento del inconsciente que se convertiría paulatinamente en consciencia, por medio de una expansión cada vez mayor del *yo*, hasta un punto en el que éste dominaría la vida psíquica. No se trata de un fortalecimiento del *yo*, al estilo de la *ego psychology*; hablar en estos términos sería minimizar el giro copernicano del psicoanálisis con respecto a la subjetividad, al tiempo que emparentarlo con el proyecto de una psicología evolutiva y normalizante. No se trata de un *yo* que invada progresivamente los territorios del *Ello* hasta apropiarse

de él y erigirse en soberano; se trata, más bien, de que “donde estaba *Ello* he de advenir *yo*” (“*Lá où c’était, je dois advenir*”, según Lacan). Pero este *yo* estará determinado por el orden del significante, que posibilita la dimensión de lo *no dicho*, esto es, de lo inconsciente como proceso abierto y encadenado. A la imagen especular del *yo* en el espejo siempre escapará el núcleo de las representaciones (mejor dicho de los significantes) de lo inconsciente, núcleo que antecede cualquier representación unitaria del individuo. Con razón Lacan calificará al *yo* como “función de desconocimiento”.²⁶

Llegados aquí deseamos hacer un corte en la exposición, corte justificado por el carácter mismo de la problemática que el trabajo ha recalcado, es decir, la dimensión abierta y nunca agotable del discurso sobre la subjetividad, máxime tomando en cuenta el aporte psicoanalítico en relación con el inconsciente. Hicimos en este trabajo hincapié en la contribución capital que hace el psicoanálisis respecto a esta discusión y en los múltiples elementos que aporta a la misma. Por eso cualquier reflexión sería sobre la subjetividad no puede eludir el aparato teórico que el psicoanálisis ha venido desarrollando desde hace un siglo para tratar de comprender ese gran desconocido que somos para nosotros mismos.

Notas

1. Este concepto debe ser entendido no como un hecho accidental, que puede ser más o menos evitable, sino como una condición estructural, es decir necesaria, de la subjetividad. No obstante, a partir de este dato, Marcuse hace una distinción importante entre la *represión constitutiva* y la *represión excedente* (Surplus-Repression), ésta última representada por las restricciones provocadas por la dominación social de acuerdo al *principio de actuación* (Performance principle), que es la forma histórica prevaleciente del *principio de realidad* (Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. 2ª edición. Barcelona: Ariel, 1989, p. 46). Freud, por su parte, señala que la felicidad no es valor cultural, es decir, que en el mundo de la cultura es necesario la subordinación de los instintos humanos en aras de los beneficios de éste. Más allá de esta convicción, señala aún lo siguiente: “A veces

- creemos advertir que la presión de la cultura no es el único factor responsable, sino que habría algo inherente a la propia esencia de la función sexual que nos priva de satisfacción completa, impulsándonos a seguir otros caminos.” (Freud. *Obras Completas*. El malestar en la cultura. Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996, p. 3042-43)
2. No se trata de la madre biológica, es decir de un individuo identificable por una legalidad positiva, sino de una función estructural que puede ser cumplida por cualquier sujeto, ya sea hombre o mujer. Se trata, en todo caso, del primer soporte en la historia de la subjetividad, soporte que luego debe *perdersé* para poder acceder a la dialéctica del deseo. El deseo se manifestará como la búsqueda de la restitución de ese objeto absoluto del deseo, a través del objeto *a* que lo causan y vectorizan.
 3. “No admito ahora nada que no sea necesariamente cierto; soy por lo tanto, en definitiva, una cosa que piensa, esto es, una mente, un alma, un intelecto o una razón, vocablos de un significado que antes me era desconocido. Soy en consecuencia, una cosa cierta, y a ciencia cierta existente.” (Descartes. *Meditaciones metafísicas*. Meditación segunda. 5ª edición. Buenos Aires: Aguilar, 1967, p. 56)
 4. “Hemos visto ya que el *yo* se haya bajo la influencia especial de la percepción y que puede decirse, en general, que las percepciones tienen para el *yo* la misma significación que los instintos para el *Ello*.” (Freud, Sigmund. *Obras Completas*. El “Yo” y el “Ello”. Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996, p. 2716) No obstante, como ya hemos señalado, el *yo* también queda sometido a las influencias del *Ello*, pues no es más que una parte modificada de éste.
 5. Freud, Sigmund. *Obras Completas*. Introducción al narcisismo. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996, p. 2019.
 6. La primera tópica era aquella que dividía el aparato anímico en las instancias de la conciencia, el inconsciente y el preconscious.
 7. A esto se ha referido Lacan como “ortopedia psicológica”, es decir, la terapia tendiente a la adaptación del individuo al destino que le reserva la sociedad. Esta tendencia se da principalmente en el psicoanálisis norteamericano del *ajustementé*. Cfr. Eugenio Trías et al. *Estructuralismo y marxismo*. “Psicoanálisis y estructuralismo”. 3ª edición. Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1973, p. 215. También véase: Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. 2ª edición. Barcelona: Ariel, 1980, p. 219 y ss.
 8. Lacan, Jacques. *Escritos*. “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. Vol. II. 6ª edición. México: Siglo Veintiuno, 1980, p. 311.
 9. La enunciación es el “acto en cuyo transcurso esas frases [las del discurso] se actualizan, asumidas por un locutor particular, en circunstancias espaciales y temporales precisas.” (Ducrot, O.; Todorov T. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1974, p. 364) El estudio de la enunciación remite a las huellas del proceso de enunciación en el enunciado, como las *deixis*.
 10. Braunstein, Néstor; Saal Frida et al. *El lenguaje y el inconsciente freudiano*. “El lenguaje en la obra de Freud”. 3ª edición. México: Siglo Veintiuno, 1988, p. 41.
 11. Lacan, Jacques. *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1976, p. 146.
 12. Heidegger, Martin. *Carta sobre el humanismo*. 3ª edición. Madrid: Taurus, 1970, p. 7.
 13. “El mundo intermedio del lenguaje aparece frente a las ilusiones de la autoconciencia y frente a la ingenuidad de un concepto positivista de los hechos como la verdadera dimensión de la realidad.” (Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método II*. “Texto e interpretación”. 2ª edición. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1994, p. 327).
 14. Braunstein, Néstor; Saal, Frida et. al. *El lenguaje y el inconsciente freudiano*. “El lenguaje en la obra de Freud”. 3ª edición. México: Siglo Veintiuno, 1988, p. 17.
 15. Habermas, Jürgen. *Pensamiento postmetafísico*. “Motivos del pensamiento postmetafísico”. Madrid: Taurus, 1990, p. 54 y ss.
 16. Gadamer, Hans-Georg. *Idem*.
 17. Los tres conceptos que conforman la tópica lacaniana son lo real, lo simbólico y lo imaginario, registros anudados por el nudo borromeano. Aunque los desarrollos lacanianos sobre esta tópica son harto complejos, trataremos de mencionar algunos rasgos definitorios de cada uno de estos registros. Lo *real* es el agujero o hiancia que marca cada una de estos registros; es lo que se resiste a la simbolización, lo que es irrepresentable. Lo simbólico, por su parte, es el principio estructural del inconsciente, en lo que se sostiene éste en cuanto instancia significante. Finalmente, lo imaginario tiene que ver con el sentido y con el cuerpo en cuanto ilusión de unidad; es el efecto de escritura en lo simbólico según Lacan. En tanto se relaciona con la ilusión de unidad es el registro de la consistencia y lo sustancial. La función del sentido

- se inscribe tanto en lo imaginario como en lo simbólico (*El seminario de Jacques Lacan R.S.I. Curso 1974-1975*. Texto establecido por J.- A. Miller. En: *Ornicar?* Publicación periódica del Champ Freudien, 1981, No. 3).
18. Lo simbólico, es decir la dimensión significativa del lenguaje, no recubre lo real, que funciona como una suerte de *punto ciego* en lo simbólico. Lo real en cuanto no determinable, asimbolizable, se resiste a entrar en las redes significantes del lenguaje; tampoco es una cosa, sino un vacío que le imprime dinamismo, pues es gracias a que no podemos decir todo -pues no existe tal todo- por lo que podemos hablar. Al respecto Lacan señala lo siguiente: "Yo digo siempre la verdad: no toda, porque de decirla toda, no somos capaces. Decirla toda es materialmente imposible: faltan las palabras. Precisamente por este imposible, la verdad aspira a lo real." (Lacan, Jacques. *Psicoanálisis. Radiofonía y televisión*. Barcelona: Anagrama, 1977, p. 83)
 19. Braunstein, Néstor; Saal, Frida et al. *O. C.*, p. 34.
 20. Braunstein, Néstor; Saal, Frida et al. *O. C.*, p. 206.
 21. "Lo inconsciente no es, en efecto, 'descubierto'; es *construido*: no es un dato para ser observado, una sustancia ahí afuera que finalmente se encuentra bajo el microscopio; es una construcción teórica. La lectura es, en otras palabras, de una naturaleza tal que no puede ser directa, intuitiva, es constitutivamente mediada por una hipótesis; necesita una teoría." (Felman, Shoshana. *Jacques Lacan and the adventure of insight*. Massachusetts: Harvard University Press, 1987, pp. 23-24)
 22. "El sujeto queda como la función de concatenación entre ese decir que lo ha constituido como criatura del lenguaje y ese decir que lo representa ante el Otro de una manera que escapa al dominio imaginario del fantasma yoico (en otras palabras, el discurso que *es* el inconsciente). Pues el sujeto, aunque crea lo contrario, no dice lo que piensa, ya que más allá de su pensar el inconsciente remueve y tritura sus pensamientos y palabras transmitiendo lo que sabe sin que él sepa." (Braunstein, Néstor; Saal, Frida et al. *O. C.*, p. 207)
 23. Lévi-Strauss, Claude. *Antropología estructural*. "La eficacia simbólica". 7ª edición. Buenos Aires: EUDEBA, 1987, pp. 183-184.
 24. Esta propiedad es, no obstante, relativa, pues no es posible escamotear las determinaciones de la subjetividad apuntadas por el psicoanálisis. No debemos ignorar la imposibilidad radical que define al deseo.
 25. Lacan, Jacques. *Las formaciones del inconsciente*. *O. C.*, p. 146.
 26. Lacan, Jacques. *Escritos*. "El estadio del espejo como formador de la función del yo ["je"] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". Vol. I. 6ª edición. México: Siglo Veintiuno, 1980, p. 11 y ss.

Bibliografía adicional

- Braunstein, Néstor. *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)*. 7ª edición. México: Siglo Veintiuno, 1990.
- Freud, Sigmund. *Obras Completas. Lecciones introductorias al psicoanálisis*. Tomo II. 4ª edición. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996.
- _____. *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*. Tomo III. 4ª edición. Madrid: Biblioteca Nueva, 1996.
- Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. 18ª edición. Buenos Aires: Losada, 1979.